
¿Supremacía del individuo y crisis del colectivo?

SAÚL KARSZ

Existen diferentes maneras de abordar un tema, sobre todo si éste comprende múltiples aspectos, dimensiones imbricadas y, además, da lugar a amplios consensos en los medios más diversos. Dos de esas maneras merecen atención aquí. Se puede, en efecto, describir con cuidado el tema propuesto, especificar sus características, comentar sus incidencias, en resumen confirmar que se trata de una realidad tangible. Olvidando, sin embargo, que toda lectura es interpretativa, incluso cuando se pretende literal... Se puede, en cambio, superar el estadio de la descripción, interrogar las nociones utilizadas, identificar los presupuestos, trazar perspectivas. No conceder de entrada que el tema es evidente y que sus términos van de suyo: condición *sine qua non* para intentar saber de qué se habla precisamente y sobre qué se trata de intervenir exactamente. Tal es el punto de vista del presente artículo. Esperamos mostrar, al cabo de nuestro recorrido, que lo que en principio aparece como un problema a resolver consiste de hecho en un síntoma a interpretar. Si hay un problema, no es el que se supone. Semejante desplazamiento favorece el trabajo clínico, al menos en el dominio social y médico-social.

1. PROBLEMÁTICA

“Supremacía del individuo y crisis del colectivo”: mil indicios muestran esta predominancia contemporánea del orden individual y la dificultad, si no la imposibilidad de los funcionamientos colectivos. Supremacía y crisis no cesan de fortalecerse recíprocamente, como un círculo vicioso. Se despliegan sobre una amplia gama de actitudes y comportamientos. Un primer ejemplo: la libertad reivindicada por numerosos individuos -jóvenes o no tan jóvenes- preocupados por satisfacer de manera inmediata sus placeres, necesidades, intereses y por ende caprichos. Se exalta un individuo auto-abastecido, rey soberano de sí

mismo, que cultiva vínculos familiares y sociales sobre todo utilitarios; o bien, cuando los lazos familiares son fuertes, que desarrolla indiferencia y desinterés por todo lo que excede la órbita personal. El individuo-rey es un obstáculo mayor, habitual hoy día en el medio escolar, al que se enfrentan las problemáticas de la autoridad y la disciplina. Esto autoriza las posturas tradicionalistas a denunciar las carencias educativas de los niños, la ausencia de convicciones de los jóvenes, el rechazo del esfuerzo y del ardor laboral en numerosos adultos.

Otro ejemplo es la militancia asociativa, sindical y política que, sin desaparecer completamente, ha perdido intensidad, ya no representa un prolongamiento natural de la existencia individual, un apogeo de esta última. El desencanto respecto de la esfera política, la influencia escasa o nula de dicha esfera en materia económica, los negocios sucios recriminados a pléthora de dirigentes, explican que los individuos abandonen los compromisos colectivos. Sociólogos y psicólogos aluden entonces a “la sociedad de individuos”, átomos yuxtapuestos unos al lado de otros en sociedades cada vez más anómicas, con escasas referencias compartidas.

La supremacía del individuo y la crisis del colectivo adquieren un relieve particular en el caso de niños y jóvenes institucionalizados y/o bajo seguimiento de trabajadores sociales: las configuraciones psíquicas y los comportamientos de estos usuarios concuerdan cada vez menos con las obligaciones específicas de las actividades escolares, con las normas que rigen los pasatiempos, la vida cotidiana en general, menos aún con el consentimiento a la autoridad y a las reglas forzosamente colectivas, necesariamente generales y generalistas, que toda actividad supone.

Cualesquiera sean sus formas particulares, la vida en sociedad requiere una parte variable pero siempre significativa de restricción, coacción y por supuesto sanción: la vida pacífica en colectividad tiene un precio, al que ninguna voluntad individual puede sustraerse radicalmente. ¡Principios indiscutibles, sin duda! Incluso para las corrientes progresistas, desde luego. Salvo que socializar o resocializar bajo el sesgo de imposiciones que podrían fácilmente convertirse en dictatoriales, educar transmitiendo contenidos pertinentes en desmedro del espíritu de iniciativa y de creación representa una contradicción insostenible. Estas corrientes están atrapadas entre el acecho de la normalización, que temen con razón, y la necesidad de reglas colectivas y valores comunes, que les parece ineludible. Algunos compromisos suelen postularse entre las lógicas individuales y las exigencias colectivas, más bien bricolaje que solución durable...

El asunto no es fácil. Nadie niega que la construcción individual requiere espacios de autonomía, de libre albedrío, de franquicia social. De ninguna manera lo colectivo debe jugar un rol de obstáculo, de cárcel, de contención forzada e ilimitada. Hace falta flexibilidad, juego, movimiento, experiencias propicias a los descubrimientos – sin que por ello el individuo quede enteramente entregado a sus inclinaciones y deseos. Un dilema incomprensible estalla una y otra vez: respetar la complejidad de las situaciones, las personas, los personajes y al mismo tiempo escudriñar equilibrios y un justo medio entre elementos radicalmente heteróclitos. Dicho dilema constituye una exigencia insoslayable para las instituciones sociales y médico-sociales que se rehúsan a funcionar como reformatorios *new look* o como asilos, así como para aquellos profesionales que impugnan alguna de las numerosas variantes del pensamiento único, es decir del no-pensamiento... Semejante situación plantea graves interrogantes políticos, profesionales, personales.

Tal es la tarea que debemos intentar en este artículo. Se trata de deconstruir los argumentos presentados hasta aquí, no tomarlos al pié de la letra, considerarlos como citas representativas de opiniones corrientes y de puntos de vista usuales. Estamos en presencia de aserciones programáticas, no necesariamente de verdades consolidadas.

Primera observación: individuo - colectivo son términos genéricos, habituales, finalmente banales en las lenguas latinas. Pero cambian sensiblemente cuando se los articula, el primero con “supremacía” y el segundo con “crisis”. Adquieren con este agregado valores particulares, obteniendo así un alcance y un sentido *ad hoc*.

Por su carácter histórico, ante todo: el *individuo* contemporáneo no es la *criatura* de antaño. De ningún modo sinónimos, cada vocablo designa un género particular de fenómenos. La ruptura entre ellos es irrefutable. La criatura depende de una autoridad superior, generalmente divina, de la que obtiene su razón de ser, su misión y sus reglas de comportamiento. En cambio, se imagina al individuo como autónomo, autosuficiente, incluso auto-engendrado, capaz de iniciativas, susceptible de aislarse del colectivo familiar, escolar, social, político... El *individuo* puede avanzar hasta decirse apolítico, no comprometido con ningún colectivo, mientras que la *criatura* no puede ni debe renunciar a los mandatos divinos que la definen. ¡No cualquiera es un individuo, estatuto que no depende de una mera decisión subjetiva! Estamos en presencia de un término saturado, sobredeterminado.

Desde una perspectiva lingüística diremos que el significante *individuo* admite varios significados: una fórmula como aquella de la supremacía del individuo ilustra uno de dichos significados. Por su lado, *criatura* es hoy un sus-

tantivo reservado a los niños pequeños, y un calificativo peyorativo para adultos cuyos comportamientos parecen pueriles.

Un razonamiento similar vale para el componente *colectivo*, que no es un sinónimo de *comunidad* (eclesiástica, corporativa, familiar, política, cultural, etc.). El colectivo representa un conjunto del que se puede o no formar parte, por elección individual o grupal, sus leyes pueden ser modificadas según circuitos determinados, su organización soporta cambios de envergadura. Aunque sus contenidos sean comparables a los de las comunidades citadas, de la comunidad propiamente dicha nadie se excluye so pena de descalificación, excomunión, o pura y simple desaparición.

Segunda observación: los componentes *individuo - colectivo* constituyen un binomio especular. En este juego de espejos, cada componente reenvía al otro, no existe ni es comprensible sin el otro. Cada significante es el reverso del otro. Esta dinámica moviliza una doble operación: cada componente excluye al opuesto en la medida en que se define contra él (el individuo procura no desdibujarse en el colectivo, el colectivo pretende incluir a todos los individuos), pero al mismo tiempo ninguno de los dos componentes puede existir ni subsistir sin su opuesto.

Afirmar la supremacía del individuo coincide con la afirmación según la cual el colectivo está en crisis, y recíprocamente, como vasos comunicantes o norias sin fin, la crisis de uno anuncia la supremacía del otro. Para poder imaginar un individuo autónomo, más o menos original, dueño de sí mismo, el colectivo debe revestir un carácter denso, como si fuera de un sola pieza compacta y sin grietas, que deja poco o ningún lugar a las diferencias y peculiaridades. El individuo-rey se confronta al colectivo-avasallador, la libertad se opone al yugo. O bien, a partir de una postura conservadora: las reglas colectivas se imponen a los caprichos individuales, la vida en sociedad nos salva de los egoísmos personales; para su bien, el individuo debe someterse al grupo, comportarse como se debe, como Dios manda.

Punto esencial: estamos en presencia de una *construcción socio-histórica*, dotada de materiales específicos y combinados según lo que acabamos de sugerir. Así, del postulado según el cual viviríamos hoy una supremacía del individuo y una crisis del colectivo se pueden decir muchas cosas, excepto que es natural, evidente, impermeable al espesor de la historia social. Al contrario, es únicamente en el seno de esta historia social que dicho postulado se formula, tienen sentido y se desbarata. Se trata pues de una *construcción*, una entre muchas otras que intentan explicar qué está hoy sucediendo en nuestras sociedades.

Punto esencial, en efecto, puesto que se construye en la historia puede ser superado y ceder lugar a otros posicionamientos teóricos, a otras prácticas y

modalidades de intervención. Poner el acento en el rol determinante de la historia, sostener una cierta dosis de relativismo histórico hace retroceder toda idea de fatalidad inexorable. Antídoto por excelencia contra las pretensiones naturalistas.

2. APERTURAS

Cambio de registro. El individuo tal como existe en las sociedades reales, tal como cada uno puede representarse a sí mismo y a los otros, tal como suele ser tematizado por una amplia literatura pedagógica, psicológica o sociológica, dicho individuo no es indiviso, sin fallas, de una sola pieza. No es amo ni de su deseo, ni de su libertad. Ni siquiera, completamente, de sus pensamientos: emitir sinceramente una “opinión personal”, una “convicción profunda” no siempre impide que éstas manifiesten una mediocridad bien ordinaria... El narcisismo de las pequeñas diferencias (Freud) jamás está completamente ausente en las opiniones que se dicen personales. Por supuesto, el individuo efectúa toda clase de elecciones, incluyendo la elección decisiva de seguir vivo o suicidarse. Adhiere a tal o cual grupo, se compromete en favor de ciertas causas y/o se aleja de ellas, se casa o se divorcia, etc. Dispone de poderes de decisión más o menos significativos. ¡No se trata, bajo ningún aspecto y en ningún sentido, de un títere en manos de tenebrosas fuerzas ocultas! El inconsciente freudiano no tiene nada de un demiurgo, se trata de una lógica – no cartesiana, pero lógica al fin.

Ello no quita que el individuo real actúa, reflexiona, procede en función de impulsos, obligaciones y repeticiones a las que difícilmente puede sustraerse. Pone en obra configuraciones cuyos contenidos y resultados no son, para él, visibles, obvios ni transparentes. Puede sublimar, justificar, negar – pero conoce y domina esos contenidos de manera parcial e incompleta. El primer extranjero es, para cada uno, una parte de sí mismo. El individuo goza de una libertad forzosamente limitada. Puede y hasta debe conocer lo que hace (“conócete a ti mismo”), especialmente a través de un proceso terapéutico, sin que dichas configuraciones devengan transparentes, ni para él ni para nadie. El inconsciente no es un accidente, ni un incidente fortuito, sino una estructura, como decíamos: una lógica consistente y perseverante. Desde este punto de vista, *individuo* es una denominación rudimentaria y equívoca para decir *sujeto*. O para dispensarse de nombrarlo.

Moraleja: no hay necesidad de un colectivo para que órdenes implacables se manifiesten. La ley se impone en la sociedad al mismo tiempo que está pre-

sente en la intimidad de cada sujeto. A toda edad, género y condición social, cualquiera sea el diagnóstico psiquiátrico, el *sujeto* necesariamente conlleva, en calidad de elementos constitutivos, normas, valores, representaciones y modelos que aparecen en sus dichos y en sus silencios, que animan o desalientan sus rebeliones, sus consentimientos, sus renunciaciones, que orientan lo que comprende así como lo que se le escapa. Sin estar explícitamente politizado, afirma o contradice puntos de vista sobre las mujeres, los hombres, los adultos y los niños, sobre su propia sexualidad, sobre la autoridad, sobre la marcha del mundo, sobre un mundo deseable, etc., etc. Estos puntos de vista son discursos, y también prácticas, gestos, actitudes, comportamientos. Son ideas, angustias y gozos, expresiones e intercambios, y también actos, acciones y hechos. Un conjunto en ningún caso neutro, del que testimonian los compromisos conscientes e inconscientes de cada sujeto. Lo llamamos, a partir de Louis Althusser, *ideología* – presente en el entorno social y en el corazón de cada sujeto. Suelo decir: en la cámara de diputados y en la cámara nupcial.

Ningún profesional riguroso explicará los funcionamientos y disfuncionamientos familiares o personales por el solo recurso a la dimensión psíquica. En la intimidad hogareña residen figuras indisolublemente familiares y sociales, autorizaciones y prohibiciones parentales inseparables de valores y modelizaciones propias a un colectivo, un grupo, un barrio, un estrato social, una cultura. La intimidad es el espacio de deseos, de maneras de hacer y de no hacer, que sostienen y que son sostenidos por ideologías sociales.

Dado que *sujeto* no quiere decir *únicamente* “sujeto psíquico”, la intervención social y médico-social puede ser necesaria, pertinente, eficiente. Es lo que vuelve oportuno el proceso clínico que llamo *transdisciplinario* respecto de los *sujetos socio-deseantes*.¹

La psicología en sus diferentes variantes es una disciplina ineludible pero de ningún modo una concepción del mundo omni-explicativa. Y cuando es así, ella se transforma en psicologismo, el psicoanálisis en psicoanalismo, la psiquiatría en higienismo. Todas ellas, versiones más o menos *soft* de la teología. De ahí el lenguaje estereotipado y los tics de lenguaje de sus creyentes.

El psicologismo sabotea el trabajo educativo, que siempre se ocupa de subjetividades socio-históricas, ancladas en el espacio-tiempo de una familia, de una cultura, de una clase social, ya sea que trate de niños, jóvenes, adultos o ancianos. Por ejemplo, por más que se declame que el trabajo educativo apunta

1. CF. KARSZ, Saül: *Problematizar el trabajo social. Definición, figuras, clínica*. Barcelona, Gedisa, 2007. Hay versión corregida y aumentada en francés: KARSZ, Saül, *Pourquoi le travail social? Définition, figures, clinique*. Paris, Dunod, 2011

a que los niños “se construyan”..., estas buenas intenciones me parecen demasiado vagas, incluso preocupantes, si al mismo tiempo no se explicita qué construcción y qué subjetividad concretas, históricamente concretas están en juego, según qué ingredientes, mecanismos, perímetros. Es necesario desplegar, detallar, articular las referencias colectivas y sociales sin las cuales no existe, de hecho, ni construcción subjetiva ni trabajo educativo.

Evoquemos otro dato. A saber, psicólogos, psicoanalistas y psiquiatras no trabajan con referencias *exclusivamente* psíquicas. No confundamos los criterios teóricos y clínicos de las intervenciones, propios a las disciplinas, discutibles y mejorables en su seno, con las condiciones socio-históricas que orientan dichas intervenciones: no solo financieramente, sino también ideológicamente (posturas teóricas privilegiadas o dejadas de lado, ideales de conformidad, cánones de normalidad). La clínica psicológica puede ser eficaz y eficiente porque, entre otras condiciones, no es, no puede ser exclusivamente psicológica. El caso de los psicólogos y psicoanalistas trabajando en instituciones sociales y médico-sociales reviste un carácter significativo en la medida en que el espacio institucional obliga a explicitar compromisos que la consulta privada suele endulzar, o considerar como puramente contextuales... Por razones comparables, recordemos que los trabajadores sociales no son “psis” ni auxiliares, ni disfrazados. Que formaciones y lecturas en la materia sean indispensables no convierte a los trabajadores sociales en “psis” de bolsillo. Conclusión: ningún facultativo de ninguna disciplina interviene con su sola subjetividad psíquica, ni únicamente sobre la sola subjetividad psíquica de los pacientes o usuarios, más acá o más allá de toda ideología. Pero puede, como acontece con cierta frecuencia, estar poco al corriente.

El psicologismo alimenta la creencia en la existencia del individuo-rey, esfera replegada sobre sí misma del llamado “individuo post-moderno”... Digo: *la creencia*. Para que haya supremacía del individuo es necesario que el psicologismo ocupe una posición dominante, a fin de amalgamar el individuo y su narcisismo, pese al bello principio freudiano según el cual “el yo no es amo en su propia morada”.

Veamos ahora el colectivo, lo colectivo. ¿Bloque indiviso, sin fallas ni tendencias, nivelador despiadado de diferencias y desacatos? ¡Lejos de ello! Hay, afortunadamente, una unidad en cada colectivo, una identidad de conjunto, una impronta compartida por sus miembros, un estilo, y por ende obligaciones más o menos arduas, a veces rotundamente insoportables. Pero esa unidad no es unánime, ni estas obligaciones idénticas para todos. Subjetivamente, de acuerdo a las características psicosociales de los sujetos concernidos. Y también objetivamente, según el lugar de cada uno en relación con las reglas y objetivos

funcionales del colectivo, según el status de este colectivo en la sociedad. Ninguno de estos elementos es estático, definido de una vez para siempre, momificado. Por el contrario, son móviles, activos, dinámicos según múltiples variables... De ahí la necesidad recurrente de frecuentes rectificaciones y de reajustes de fondo o de detalle, sobre la base de desplazamientos, tensiones y escisiones virtuales y/o reales. El más rígido de los colectivos no cesa de agitarse, de estar atravesado por remolinos más o menos significativos, de rehacer su unidad. Salvo, es cierto, en la ilusión de algún patrón paternalista que sueña con asalariados verdadera y auténticamente subordinados a sus órdenes (de ahí cierta manera de decir “*mi* personal”).

Un colectivo no es una cosa, sino un proceso obligatoriamente dialéctico. La actividad de los equipos de trabajadores sociales ilustra a la perfección esta concepción dúctil de colectivos más o menos maleables y en consecuencia, indisociablemente, más o menos rígidos. El análisis clínico permite observarlo, y ponderar las dosis presentes –y rectificables- de flexibilidad y de rigidez...

Pero suele ocurrir que los colectivos son imaginados como entidades fijas, compactas, no atravesadas de historia y de historias, sin clivajes internos, máquinas ciegas que fagocitan toda diferencia individual en beneficio de un magma uniforme, insulso, vacío. Colectivos a aceptar o a rechazar en bloque.

Este imaginario bastante difundido desencadena procedimientos intolerantes y tradicionalistas. Innovaciones, excepciones a la regla y otras desviaciones son interpretadas como amenazas de desestructuración, de puro y simple desmembramiento del colectivo, y desde luego como indicios de desorden psíquico del o de los individuos que promueven dichas novedades. Este imaginario desemboca en un pánico general ya que, por definición, innovaciones y desviaciones no están previstas en el reglamento interior, su carácter poco convencional las hace automáticamente sospechosas. Entendámonos: no hay problema porque, como todo el mundo, los profesionales están inmersos en orientaciones, esquemas y prejuicios que en buena parte se les escapan; pero lo hay, y grave, cuando dichos parámetros no son interrogados de manera rigurosa y sostenida, cuando se los considera naturales e inviolables, cuando se los identifica a la realidad. Ahora bien, que se deba trabajar en relación con los parámetros vigentes en una sociedad dada en un momento dado de su historia (principio de realidad) no implica en absoluto que se deba, *además*, someterse a ellos cuerpo y alma (principio de resignación). Cuando esta distinción fundamental queda insuficientemente establecida, cuando los profesionales y las instituciones no la sostienen con vigor adecuado, aquéllos que no encajan en las casillas disponibles se convierten – mejor dicho, son convertidos en casos

desmesuradamente patológicos y difícilísimos de domesticar. Es justamente lo que nos enseña el análisis de las prácticas. Cuanto más los profesionales imaginan que los niños son o debieran ser *criaturas* dependientes, sumisas, respetuosas, cuanto más los llamados adultos sucumben a una representación infantilizante de los niños, sin darse cuenta que se trata de *sujetos*, tanto más los afectos, comportamientos y propósitos poco o nada ortodoxos de estos sujetos los sorprenden, se les aparecen como anti-naturales, a contra-corriente de una supuesta esencia. Y los tratan entonces en consecuencia.

De allí que el análisis de las prácticas pueda sugerir rectificativos menores o mayores en el abordaje de las situaciones. Importa sobremanera que el profesional comprenda aquello que los desvíos afectivos y comportamentales conllevan o pueden conllevar en términos de apertura, de respiración renovada, de liberación. Condición *sine qua non* para que psicólogos y trabajadores sociales no funcionen como heraldos morales, peor aún moralistas. Negarse a participar en un colectivo, escolar por ejemplo, no resulta mecánicamente de un desorden psíquico, de una relación perturbada con la ley o de un ataque teleguiado desde el exterior por las familias. Contra estas hipótesis inverificables advertimos que el no-respeto de los códigos y las normas hegemónicas puede revestir un carácter tan enfermizo como su respeto minucioso, obsesivo, paranoico. El supuesto irrespeto de niños y adolescentes puede interpretarse como pedido atencional respecto de ciertos ejercicios profesoraes, o a propósito del carácter ultra-disciplinario del aparato escolar... En todo caso, nadie ataca el Orden Social en general, como pretenden las corrientes reaccionarias, sino única y exclusivamente un *cierto* orden colectivo, socio-históricamente connotado. Por ello es imperioso considerar cómo y por qué dichos ataques revelan elementos significativos del (dis)funcionamiento de un colectivo, en vistas de eventuales rectificaciones a introducir.

No preconizamos una tolerancia inverosímil, una permisividad sin fronteras, no se trata de ofrecer la otra mejilla. Preconizamos la comprensión inteligente de lo viviente y la confianza razonada y razonable hacia los seres hablantes. La atención educativa y psicológica dirigida al niño no escolarizado confirma su pertinencia teórica y su eficiencia clínica cuando puede también ejercerse en dirección de los docentes y, a fin de cuentas, en dirección del colectivo escolar...

¿Por qué? Porque si se considera el binomio *individuo-colectivo* desde un punto de vista dialéctico, comprendemos que no existen casos individuales, sino situaciones estructuralmente colectivas tratadas al nivel singular de ciertos individuos que forman parte de ellas, a título de representantes, síntomas, portavoces.

Insistimos. Resulta excepcional, por no decir extravagante, que niños y

adolescentes resistan al colectivo como tal. Se trata de *ciertas* modalidades de organización y de *ciertos* funcionamientos colectivos. No es cuestión de la Ley, sino de ciertas leyes y de ciertas aplicaciones de dichas leyes. Tampoco de la Autoridad, sino de ciertas modalidades de ejercicio por parte de grupos, clases y sujetos.

Numerosos profesionales excluyen los etiquetajes simplistas manteniéndose en un proceso de elaboración ininterrumpido, de interrogación de sus prácticas y no solamente de diagnósticos de los usuarios. Tomar en cuenta la complejidad es el precio a pagar para que el trabajador social sea también un inventor. Y para que encuentre o reencuentre, cumpliendo con sus tareas profesionales, motivación, placer, satisfacción. Trabajar puede también significar divertirse. Ser serio, dice un aforismo francés, no exige tomarse en serio. Inútil de agregar que les usuarios suelen beneficiar de esta actitud.

Recursos irremplazables: reuniones de síntesis, ciclos de formación, lecturas y grupos de estudio, colectivos de trabajo en los que se compartan desacuerdos argumentados. De este modo, la categoría banalizada de *ética* reconquista sus títulos de nobleza. No hay excusas para soslayar revisiones periódicas de las prácticas y de los ideales de los prácticos. Ni falta de tiempo, porque se trata de disponibilidad y de organización, no solo de calendario y de horarios. Ni el “siempre se hizo así” porque que siempre se trabajó de tal o cual manera puede significar que uno se está equivocando desde hace mucho tiempo.

Moraleja: *individuo* y *colectivo* son mucho más complejos de que lo que aparece en su representación habitual. Diferencias y articulaciones, intersecciones y distancias no tienen nada de simple. A menos de contentarse con cuantiosos sobreentendidos y escasas definiciones.

PARA NO CONCLUIR...

El individuo, rey soberano, es uno de los discursos posibles a propósito de los individuos reales. Es el discurso *evidentemente evidente* de aquellos humanos que se toman por entidades flotantes, etéreas, en estado de levitación social, sin ideología ni inconsciente. Seamos precisos: hoy en día domina, no el individuo sino la ideología individualista y su aliado de siempre, le psicologismo. En el conjunto de la sociedad y en consecuencia también en el trabajo social y médico-social, dicha ideología construye la creencia en tal primacía. Y es así que un personaje denominado individuo, de quien se supone que es rey, entra en escena y comienza a actuar como si fuera él, en verdad, quien domina. Triunfa el director escénico, gesticula su marioneta. Si verdaderamente existiera, seme-

jante individuo sería el artesano todopoderoso de su felicidad y, según lo que hiciera, de su desdicha, de sus desdichas. En esta eclosión de omnipotencia narcisista, el colectivo carece de peso, no cumple ningún papel explicativo.

La supremacía imaginaria del individuo es la supremacía efectiva del individualismo, o sea de una *ideología colectiva*, social, general, que desborda por todos lados y en todo sentido a los individuos de carne y hueso.

¿Simples desplazamientos semánticos? ¡De ninguna manera! Lo que está en cuestión es realmente esencial. Si se adhiere a la creencia según la cual hoy prima el individuo, éste aparece como responsable de lo que le sucede, de su destino y de su devenir. Es él, en persona, quien es absolutamente normal, poco normal, parcialmente anormal o completamente patológico. Ayudado o disminuido por su estructura psíquica y/o su patrimonio genético, estas ventajas e inconvenientes inmanentes a su persona constituyen los factores determinantes de su existencia singular y por ende colectiva. Su condición socio-económica es justo el contexto para materializar sus competencias subjetivas. Desde un punto de vista individualista, aquello que en una institución, en una práctica, en el trabajo de equipo es conflictivo, provoca problemas, cuestiona hábitos que se creían irrevocables, representa la simple secuela de un desorden individual que se debe controlar, y si aún fuera posible curar. O por lo menos, hospitalizar. De un punto de vista dialéctico, esos cuestionamientos componen una coyuntura rica de posibilidades, de eventos prometedores, de desarrollos inéditos –a explorar antes de juzgar.

Se revela la estructura del individualismo, la carga reaccionaria de este discurso que justifica el orden reinante. En efecto, si bien el objeto aparente de este discurso es el individuo, su mira efectiva apunta al colectivo, a un cierto tratamiento del colectivo. El individualismo es una ideología de lo colectivo: cuando hay trastornos en el individuo, es él el único responsable; cuando el colectivo atraviesa sobresaltos o disfuncionamientos, es también sobre el individuo que cae la responsabilidad.

Podemos ahora descifrar qué está en cuestión en la supuesta crisis del colectivo. No los colectivos reales, porque muchísimos funcionan, actúan, producen, mientras que para otros su actividad ha disminuido tanto que terminan por desaparecer – cosa habitual en la larga historia de la humanidad. En realidad, el núcleo racional del postulado de la crisis del colectivo descansa sobre una evidencia²: la creencia reiterada una y otra vez que no vale la pena ocuparse de ninguna forma de colectivo, que cada uno tiene que restringirse a su ámbito doméstico, a la conservación de su empleo y al esquivar de toda herida narcisista-

2. Se suele decir “falsa evidencia”: ¿esta fórmula no es una pura y simple tautología? Una “verdadera evidencia” es un conocimiento argumentado y probado por datos empíricos, o sea una no-evidencia...

ta. Confiar los colectivos extra-familiares, sobre todo asociativos, sindicales y políticos a los expertos por definición competentes y a sus organizaciones, escuelas y congregaciones.

Pero existe una crisis, una crisis real, difícil, a menudo dolorosa. A saber: está en crisis la representación del colectivo imaginado como un bloque indiviso, suerte de mega-individuo definitivamente instalado cuyas tensiones, clivajes, divergencias y convergencias constituirían incidentes fortuitos. Está en crisis la ilusión del colectivo unívoco, supuestamente integrado por personas altruistas solamente interesadas por la Causa a la que sacrifican sus ideas, sus apetencias, y si fuera necesario sus personas y sus bienes... El colectivo sin luchas de poder, sin dominaciones y sin abusos. ***Semejante representación a la vez ingenua y perversa, que solo convence a los convencidos, ha caído de su pedestal.***

Cabe hoy valorizar los colectivos que se organizan y funcionan tan democráticamente como sea posible: debates corteses pero rigurosos, disidencias argumentadas, convergencias pensadas y no solo cargadas de afectividad. Un colectivo real es un espacio de luchas, esto es de confrontaciones y de alianzas. Es cierto que numerosos colectivos otrora importantes desaparecen o no atraen ya demasiado: ¿porque se acabaron los colectivos o porque todas las crisis no tienen el mismo valor, no todas son negativas? ¿Por qué no considerar saludable que ciertos colectivos ya no movilicen muchedumbres y que los llamados individuos se descubran fuertemente dependientes de configuraciones psíquicas y de organizaciones sociales? ¿Nos atreveremos a suplantarlo el binomio *individuo-colectivo* por la espiral *sujeto-en-el-colectivo* y-o *colectivo-bajo-el-sujeto*? Se dibuja una pista en vistas de una dialéctica a trabajar. Urgentemente.

Punto final provisorio de esta reflexión sobre el llamado *individuo-colectivo*. Reflexión útil, espero, para orientarse en esa tarea radicalmente imposible pero eminentemente indispensable que es la intervención social y médico-social. Y, más allá, en el conjunto de las prácticas que de una u otra manera tienen que ver con los humanos y con lo que los humanos hacen a los humanos.

saul.karsz@gmail.com www.pratiques-sociales.org